

## YO, EL PUEBLO

**Populista.** *Adjetivo-proyectil que se lanza para descalificar a otros, es decir, a quienes no piensan como yo, o al revés.* **Populismo.** *Sustantivo-concepto vago, nebuloso, que refiere a una quimera. Y es que no. Publicamos en noviembre del año pasado [de Quólibet 18 2020](#) dedicado al populismo, con ensayos que presentan puntualmente su perfil. Quien observe con ojo avizor y discurra con mente perspicaz se dará cuenta de que este engendro con sus variantes está vigente en varios países de Asia, Europa y América.*

*Nadia Urbinati, politóloga italiana que enseña en Columbia University de Nueva York, publicó en 2019 Me the People. How Populism Transforms Democracy (Harvard University Press). El libro ha sido publicado en México, Yo el Pueblo. Cómo el populismo transforma la democracia (Grano de Sal/INE 2020), con una presentación de Lorenzo Córdova, Consejero Presidente del Instituto Nacional Electoral. No he podido conseguirlo en Chile, si bien hay partes del libro que se pueden leer en línea. Publicaré algunos párrafos después de la entrevista con su autora que en seguida presento.*

*Ella concedió una entrevista a la revista francesa en línea [Le Grand Continent](#) (18.5.2020) justamente sobre su libro. Son tres lúcidas lecciones –de filosofía social, de filosofía política y de economía política– todo en una conversación sustanciosa. Son breves disertaciones sobre libertades y derechos sociales, democracia y representación, políticas públicas pre y postpandemia.*

*En la selección de párrafos del Epílogo se encontrará la encrucijada por la que atraviesan los países que padecen este virus del populismo. O se enfrenta decididamente este desfíguro de la representación democrática o se arriesga una deriva hacia el autoritarismo y la dictadura, en virtud curiosamente, no de golpes militares, sino de plebiscitos ciudadanos que entregan un cheque en blanco a líderes populistas.*

*Añado a estos párrafos una reseña del libro por Ciro Murayama, consejero también el INE, publicada en la revista [Letras Libres](#). En tiempos de confinamiento y vísperas de elecciones, no vienen nada mal estas disertaciones breves para ilustrarse, ¡por si acaso...! [FQ]*



## LOS POPULISTAS EN EL GOBIERNO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Conversación de Nadia Urbinati y Alice Fill

**Alice Fill.** *En su último libro, describió Usted cómo el populismo en el poder puede transformar las instituciones democráticas al desvirtuar la democracia constitucional. Tal como lo muestra, el populismo es una forma de representación política y de gobierno democrático, no una ideología. Pero ¿qué tipo de democracia es la democracia populista?*

**Nadia Urbinati.** El propósito de este libro no es entender la sustancia del populismo –ya hay discusiones relevantes sobre este tema a las que me refiero extensamente–, sino comprender qué es lo que hace el populismo, su relación con las instituciones y los fundamentos democráticos: la relación, por tanto, entre el populismo y la idea

---

**Quodlibet: lo que place o gusta.** Es un vocablo que se usaba en las discusiones filosóficas y teológicas medievales para designar un tema cualquiera. **Quaestio de quolibet** es una cuestión por discutir sobre un tema de libre elección. El vocablo se usa en música para designar piezas ligeras compuestas en contrapunto, como la Variación 30 de las Goldberg de J. S. Bach. Designa también composiciones de cantos infantiles para enseñar música a niños y niñas. Lo usamos como nombre de este boletín para subrayar que es un espacio de lectura libre, por puro gusto.

**Editor:** Francisco Quijano, Avenida Apoquindo 8600 - Las Condes - Santiago de Chile - Correo: f.quijano@op.org

de pueblo, tal como se halla en las Constituciones, como *factio iuris*, y tal como se presenta en el plano político, así como la relación entre el populismo y la idea de mayoría como método y sistema de gobierno. Lo que me interesa es estudiar cómo el populismo interpreta las elecciones, que utiliza como un instrumento para aclamar al líder y no para crear consensos sobre la base del sufragio universal individual. De ahí la relación con el liderazgo, que en el populismo es esencialmente individual: el líder populista es el *dux cum populo*. En este libro, trato de entender qué tipo de gobierno representativo es el gobierno de carácter populista, en el sentido de un conjunto de interpretaciones distorsionadas, forzadas, desfiguradas –pero no por ello antidemocráticas– de los conceptos clave de la democracia. Se trata de conceptos como *pueblo*, *mayoría*, *representación*, *elección*, que casi todo el mundo usa por igual, pero son a la vez particularmente aptos para interpretaciones flexibles.

El populismo es parte de la historia de la democracia: desde los siglos XVIII y XIX –es decir, desde el momento en que el proceso de transformación democrática basado en la representación y, posteriormente, en los partidos organizados y cuando el sufragio universal comenzó a surgir en nuestras sociedades– aparecieron ya formas populistas, diferentes según el tipo de gobierno representativo y los problemas a los que se enfrentaban. El populismo ocurre cuando el gobierno representativo o la forma de representación consolidada en un momento dado entran en una profunda crisis por tensiones sociales o por falta de participación. La novedad es que hoy en día el populismo ya no se basa en partidos políticos organizados y articulados en la sociedad, como era el caso desde la Segunda Guerra Mundial, sino en una forma de democracia representativa basada en la audiencia [o popularidad]. Así allanó el camino para una lucha titánica entre los líderes. En vez de que haya ejércitos de militantes partidistas, ahora hay arenas de batalla donde un líder lucha contra otro, mientras todo el mundo sube o baja del dedo pulgar. El populismo se construye en torno a un público disperso que un líder busca reunir en una gran mayoría que pueda exigir adueñarse del Estado, de las instituciones y de la



democracia. Propongo aquí distinguir entre el populismo como movimiento de opinión, de oposición, y el populismo en el gobierno. El populismo como movimiento siempre ha estado presente y lo estará; aun la mayoría de los partidos políticos se vuelven un poco populistas en tiempos de elecciones. El populismo tiene poco que ver con la cuestión del estilo, lo que mejor lo caracteriza –y eso es lo que resulta particularmente interesante analizar– es lo que hace cuando se adueña del poder.

Cuando el populismo se convierte en un sistema de gobierno, es decir, cuando gana la mayoría, tiende a interpretar las libertades, los derechos y las instituciones como instrumentos de los que están en el poder. Se podría decir que incluso los que no son populistas, cuando llegan al poder, se comportan de la misma manera. Sin embargo, si en este caso se intenta al menos reconocer la universalidad de las reglas y la imparcialidad del concepto de igualdad propio del Estado de derecho, el populismo en el poder, en cambio, no duda en afirmar que es legítimo utilizar las instituciones en ventaja de quienes gobiernan, precisamente porque representan a la mayoría. Es como si se hubiera rasgado el velo de esta famosa

hipocresía universalista se hubiese: el populista en el poder ya ni siquiera tiene la voluntad de ocultar su resistencia a la mediación política, su intolerancia a los límites marcados por organismos no electivos, su desconfianza del pluralismo.

Por el contrario, el populismo afirma abiertamente que la política es ante todo el poder de los que están en el poder. Por tanto, en una democracia que ejerce el poder como gobierno de la mayoría, el populismo es más legítimo porque, al ser la expresión de la mayoría, puede usar ese poder a su favor. Este aspecto fundamental antinormativo —no solo desde un punto de vista moral, sino también desde un punto de vista jurídico— es lo que me parece más preocupante, porque legitima un concepto vacío del realismo de las normas, lo cual es simplemente una justificación de quién tiene el poder, de quién cuenta con el consentimiento. Al fin de cuentas, toda la política se reduce a una cuestión de consenso. El público es el que gobierna, él es el verdadero maestro de la democracia populista, y el populismo en el gobierno es su triunfo. Las encuestas que se hacen casi todos los días son fundamentales para ver cómo va la aprobación, en qué dirección sopla el viento.

La conclusión del libro es un intento de comprender si las condiciones sociales son una de las causas del descontento con la democracia de partidos. Mi respuesta es que sí. Creo también, y en esto estoy totalmente de acuerdo con la interpretación de Jürgen Habermas, que el declive de los partidos, en particular de los socialdemócratas o de aquellos que se han puesto como objetivo dar voz a sus ciudadanos, facilitó el surgimiento del populismo. El hecho de que los partidos abandonaran su proyecto de inclusión significó que la ciudadanía en general —pero especialmente la más necesitada de organización, numerosa pero aislada— encontrara en los partidos populistas una salida justificable, pero no aceptable. El populismo no crea los problemas, es expresión de los problemas que una determinada democracia de partidos y un determinado sistema de mercado han generado a lo largo de décadas.

*La democracia representativa, como escribe Usted, es el régimen de la doxa [opinión] y se caracteriza por una estructura normativa diárquica basada en instituciones y opiniones. Por lo tanto, es un sistema*

*mixto de decisiones y de opiniones que se influyen mutuamente sin dejar de ser interdependientes. Estos dos aspectos parecen reinterpretarse hoy en tiempos de pandemia: asistimos a una creciente popularidad de los líderes, con un fortalecimiento del poder ejecutivo. ¿Es este un fenómeno temporal y contingente en tiempos de crisis, o estamos asistiendo a una tendencia a consolidar una toma de decisiones que va a fortalecer a largo plazo el peso del ejecutivo, dándole primacía al momento de la decisión por sobre el momento de la discusión?*

Estas son preguntas en extremo importantes. Hagamos, sin embargo, algunas distinciones. Ya vimos que donde el populismo está en el poder y ya ha tomado disposiciones autoritarias y decisivas, el tema de los "atajos" [órdenes ejecutivos] se utiliza plenamente. Este es el caso de Hungría y Polonia, donde la mayoría decreta que el poder le pertenece por el mero hecho de que la mayoría siempre tiene la razón. Además, en un momento de gran dificultad, cuando es necesario limitar nuestras libertades, los sistemas constitucionales parlamentarios están dotados de procedimientos jurídicos y normativos que permiten al ejecutivo ejercer determinadas funciones, derogando el procedimiento legislativo ordinario, por ejemplo, mediante decretos ejecutivos. ¿Por qué no omitir, entonces, el proceso parlamentario necesario para hacer que el decreto tenga carácter de ley? ¿Por qué no tomar el atajo y aceptar que el gobierno legisle directamente? Esta es la solución de Viktor Orbán, y es eventualmente una solución populista. En el caso de Hungría, la situación es terrible porque ni siquiera hay un límite de tiempo para la suspensión del procedimiento parlamentario, y eso significa aceptar la idea de que un gobierno dictatorial puede justificarse por motivos de urgencia.

Pero llegados a este punto, ya no se puede decir que el gobierno de Orbán sea populista. Es un gobierno autoritario con características dictatoriales. El populismo, para seguir siéndolo, debe estar en perpetuo estado de protesta: cuando se estabiliza, ya sea porque se convierte en mayoría como todos los demás (este es el caso, por ejemplo, de Podemos o del Movimiento 5 Estrellas), o porque se crea un nuevo régimen que sobrepasa los límites constitucionales, y entonces deja de ser populismo. El problema central es exactamente este: para no cambiar su

rostro o identidad, debe ser un populismo duradero. Sin embargo, esto es difícil de lograr, especialmente cuando existen sistemas institucionales y constitucionales que permiten —como en el caso de Hungría— reformar la Constitución por mayoría cualificada. En este caso, la reforma constitucional, como lo demuestra el partido Fidesz en el gobierno desde 2010, se vuelve un proceso casi continuo.

*El populismo, sin embargo, no ofrece una respuesta única para todos, sino que actúa de manera muy diferente dependiendo de si está en el gobierno o en la oposición, pero también según la forma de gobierno, los dictados constitucionales inapelables y el contexto sociopolítico. El fortalecimiento del ejecutivo, por ejemplo, se manifiesta necesariamente de manera diferente en Hungría y en Francia, en Italia o en Estados Unidos. ¿Cuál es el riesgo de un cambio de régimen en sistemas constitucionales que son más rígidos que en Hungría?*

Los sistemas institucionales y constitucionales más rígidos tienden a dificultar un avance autoritario. En Estados Unidos, por ejemplo, es más complicado estructuralmente que Donald Trump centralice aún más el poder en el ejecutivo, sin embargo, él no se aparta del estilo y la política populistas. Esto me interesa mucho, porque en este caso el populismo ha mostrado muy claramente su contingencia y "oportunisto radical", como lo ha llamado también Cas Mudde. Hoy en día, el populismo en el poder, si no se transforma en otro régimen, pone en juego todas las características que le son más propias: la búsqueda de enemigos, la construcción artificial de un objetivo controvertido. Los estados republicanos más afines a Trump se han erigido como un baluarte de la libertad anarco-liberal contra los estados gobernados por demócratas. Toda la construcción del dualismo populista que bien conocemos se ha cargado sobre el tema de la libertad. Al fin y al cabo, en Italia ha ocurrido lo mismo con líderes como Matteo Salvini, pero también, en cierto modo, como Giorgia Meloni y Matteo Renzi, aunque este último viene de la mayoría.

El caso de Salvini es más llamativo: usa su presencia en la oposición para hacer exactamente lo que la oposición hizo contra él cuando estaba en el gobierno. Apela a la Constitución, a los derechos de la libertad, acusa al sistema de dicta-

torial, incluso reclama la revolución liberal en virtud de la cual pretende reabrir inmediatamente todos los negocios. Si hubiera estado en el gobierno, probablemente habría tomado medidas similares a las de Viktor Orbán, nunca disimuló su tentación autoritaria. Además, en la noche del 29 de abril, la Liga ocupó el Senado para protestar contra el manejo de la "fase dos" por el gobierno: Mussolini también había ocupado el Parlamento al grito de que era un "vivac". Pero resulta que Salvini está ahora en la oposición y, por lo tanto, está haciendo exactamente lo contrario de lo que hubiera hecho en el gobierno. Esta es una prueba clara de cómo el populismo a fin de tener la opinión de su lado está dispuesto a apoyar todo y su contrario. No hay visiones prescriptivas, no hay diseño. El único proyecto es conquistar el poder y mantenerlo el mayor tiempo posible, a la manera de Maquiavelo.

Como lo señaló Isaiah Berlin, es absurdo pensar en el populismo como un movimiento minoritario: el populismo requiere ser mayoría. Los argumentos políticos son totalmente funcionales para lograr consensos: hoy el tema puede ser la libertad, mañana la inmigración. Así que no es de extrañar que el populismo pueda utilizar argumentos que nunca antes habíamos escuchado, porque la política es también la elaboración de una narrativa. Ernesto Laclau lo explica muy bien: el líder populista es el que sabe construir una narrativa que aúna necesidades, aspiraciones y enfados de diversa índole, es el que sabe establecer una concatenación entre distintas cuestiones sociales y el que es capaz de mostrar las cosas de tal forma como si él fuera el único capaz de dar respuesta a la gente.

*Se habla mucho sobre cómo cambiará el populismo después del Covid-19. ¿Cree que seguirá fortaleciéndose incluso cuando termine la emergencia, puesto que en estos meses ha quedado claro que es posible tener más gobiernos ejecutivos e intervencionistas?*

El problema de hoy es precisamente este: ¿se trata del prefacio de una obra que en el futuro será escrita por populistas y no por miembros de partidos tradicionales? De aquí surgen muchas preguntas, en primer lugar, sobre la ciencia y la tecnología. Los expertos, que en estos tiempos difíciles han desempeñado un papel central

en apoyo a los gobiernos, ¿podrán neutralizar el populismo que es de naturaleza antiintelectual? ¿O bien simplemente resolverán los problemas de los políticos, dejando que ellos digan con toda libertad que no han decidido nada, que tan solo han adoptado el aspecto técnico de la decisión? El populismo busca siempre evadir la responsabilidad, eso es exactamente lo que hace el líder cuando se jacta de ser la "voz del pueblo": "Yo no soy el responsable, es el pueblo el que me dice qué tengo que hacer, y yo solo lo ejecuto". En tal caso, los científicos, los virólogos, los expertos, los comités técnicos y científicos, son ellos los responsables, no lo somos nosotros. Este puede ser un segundo resultado populista frente al coronavirus.

Habría, entonces, un tercer resultado posible, pero tengo muchas dudas al respecto. Sería el caso de la centralidad del conocimiento técnico-científico que debilitaría el argumento populista, porque habría puesto en duda la centralidad de lo político por lo político en sí, es decir, la incompetencia. Pero creo que lo que tenemos por delante va en sentido contrario hacia un fortalecimiento del populismo.

*El papel de los comités técnicos y científicos que no sin dificultades complementan la labor de los gobiernos ha surgido sin duda en los últimos meses. La cuestión de la ciencia (episteme) en democracia es, por tanto, cada vez más central. Al mismo tiempo, posiciones como la no-vacuna parece que han desaparecido del discurso público a favor de un nuevo reconocimiento del papel de la ciencia. ¿Qué estrategias está desarrollando el populismo para hacer frente a la episteme en tiempos de pandemia? ¿Estamos asistiendo a un juego de equilibrio entre oponerse a la élite de los expertos y apropiarse del argumento de la política normal de la ciencia? Donald Trump, por ejemplo, a veces dice que está dispuesto a suspender el grupo de trabajo sobre el coronavirus y luego se desdice.*

En el caso de Trump, su populismo se ha basado siempre en el dogma neoliberal: abrir todo, dejar pasar todo. Su doctrina es la de la derecha republicana, con un importante agregado de exaltación del interés nacional; en nombre de este último, cortamos relaciones con China, ponemos aranceles, etc. Esto debería impulsar la producción nacional, proporcionar trabajo, crear un consenso.

Frente esta gran desconfianza de lo público y del Estado, Trump admite fácilmente que se apoyó en la pericia de los virólogos y de ese grupo de trabajo, pero luego volvió a enfocar la decisión final en él mismo. Al fin y al cabo, el gobierno es el que decide. Y en este punto, es Trump el que decide que el virus no puede limitarnos.

En Italia, esta es la posición de Salvini y Meloni, pero también, en cierto modo, de Renzi: abrir cuanto antes y tratar de aumentar el número de camas, terapias intensivas y ventiladores en las zonas más afectadas. Cuando ocurra el contagio, nos enfermaremos y nos hospitalizarán. En Italia, al menos por el momento, los populistas son justamente los más liberales; son ellos los que quieren quitar la voz a los científicos en nombre de la dinámica social, especialmente contra la limitación de la libertad de movimiento. Puede sonar paradójico, pero en realidad no es tan absurdo, porque demuestra que el populismo no es en absoluto una fórmula política que quiere necesariamente ponerlo todo en manos del Estado. El populismo contemporáneo es más bien una forma de "liberalismo de Estado": el sistema de referencia es el sistema del Estado, pero la economía debe estar absolutamente libre de toda restricción. Este es el problema al que nos enfrentamos. Desde el punto de vista socioeconómico, los populistas son interclasistas, no apoyan a las clases populares, no son socialistas.

Sin embargo, hay que reconocer que los meses de sacrificio que hemos soportado para no enfermarnos, han afectado realmente a nuestras economías. Pienso en Italia, y la situación no es tan diferente en España, también en Francia e Inglaterra. Está claro que nuevos niveles de pobreza, desigualdad y de falta de trabajo se sentirán tan pronto como la recuperación esté en marcha. Ya hoy en día muchos ciudadanos carecen de medios económicos para comprar alimentos. Se dan, pues, todas las condiciones previas para distintas formas de protesta social. Veremos entonces lo complicado de no tener más partidos socialdemócratas, o digamos partidos reformistas, capaces de proponer programas políticos de justicia social; veremos qué tan potente puede ser la propuesta populista y qué tan fácil será impulsar el consenso. Veremos, entonces, lo arriesgado que es un sistema llamado

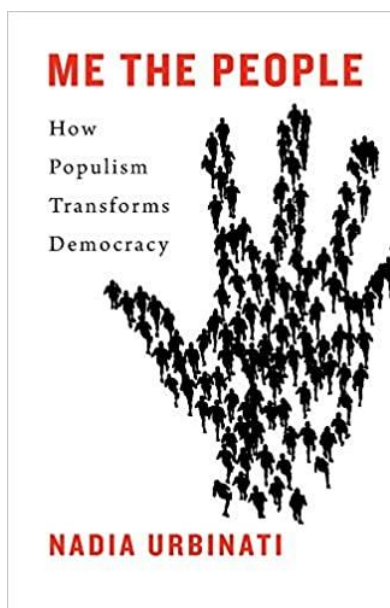
democracia representativa en el que los partidos existen exclusivamente dentro del Parlamento, en tanto que por fuera la sociedad se halla totalmente desprovista de ellos. Este el nervio más afectado de nuestro sistema democrático que el coronavirus ha puesto en evidencia.

*Con el Covid-19 han surgido prioridades absolutas relacionadas con la protección de la salud. Estas prioridades se dan de forma incondicional y por lo mismo son suficientes para justificar una reducción de las libertades. Sin embargo, para proteger la salud general con distancia y confinamiento social, es probable que las desigualdades sociales se agraven en muchos niveles. ¿Cómo evoluciona una democracia que parece estancada entre compromisos irreductibles, por un lado, la protección de la vida y por otro la protección de las libertades? ¿Avanzamos hacia una nueva idea de democracia, basada en un equilibrio diferente de derechos y de la relación entre libertad e igualdad?*

Sí, ciertamente, estos problemas estarán cada vez más vinculados a la cuestión del bienestar social. En cuanto a las libertades, son cada vez más objeto de debate. Durante la epidemia, hemos padecido una reducción de nuestra libertad de movimiento. Pero ¡atención!, no ha habido restricciones de las libertades en general, no de la libertad de pensamiento o de palabra ciertamente, no de la libertad de oposición: el Parlamento nunca ha estado cerrado. Es como si, evitando afectar a todas las demás libertades, hubiéramos congelado la libertad de movimiento al convertir nuestras casas en un muro. Congelamos la libertad para poder recuperarla más tarde, aunque todavía no sepamos cuándo será posible. Sin embargo, debemos tener mucho cuidado. Los poderes democráticos pueden imponer estas restricciones sin poner en peligro nuestras libertades; la Constitución italiana, por ejemplo, prevé esta posibilidad en caso de una crisis sanitaria nacional. Pero el problema es que les gusta el poder a quienes lo ejercen. No es trivial dar más poder a quienes lo usan para reprimir y vigilar:

les gusta este poder, así que debemos tener mucho cuidado. Esto también lo hemos visto claramente en Italia. De hecho, la norma nos prohibía caminar por las calles, pero la forma en que los alcaldes y las fuerzas policiales locales la pusieron en práctica generó formas desorientadoras de represión. Interpretaciones ridículas, exageradas, aun peligrosas de la norma. Al restringir la libertad de movimiento, no vamos en contra de la Constitución; nuestras libertades no son absolutas, nunca debemos pensar que hay libertad o que no hay libertad. Sin embargo, con estas restricciones, estamos dando más poder a ciertas autoridades que lo utilizan con todas sus fuerzas. Quedamos así más expuestos a su poder en todos los niveles. Por eso es fundamental desconfiar de los argumentos que muy fácilmente justifican la restricción de la libertad. La Constitución lo permite, pero nunca debemos pensar que, por eso, podemos quedar tranquilos. Este no es el caso.

Esto incluye la cuestión sumamente importante de los sistemas de monitoreo. Las aplicaciones digitales son sistemas de control que deberían ser útiles para limitar el contagio: con el fin de recuperar nuestra libertad de salir, estaríamos dispuestos a renunciar por completo a nuestra privacidad. No seamos tan ingenuos como para pensar que antes de estas aplicaciones y antes del Covid-19, el problema no existía. Cuando hablamos de una plataforma en línea, usamos redes sociales, celulares, tarjetas de crédito, obviamente estamos exponiéndonos: sabemos que nuestros datos están en circulación. Pero ahora hemos reconocido oficialmente el problema. Los Estados señalan ciertas empresas privadas —grandes o pequeñas pero todas dependientes de multinacionales como Google o Apple— a las que se les delega para vigilarnos, de modo que conocen una enorme cantidad de información sobre nosotros. Todos los datos están relacionados con el virus, por supuesto, pero ¿cuántos de nuestros



problemas potenciales están relacionados con el Covid-19? Van desde el resfriado común hasta la depresión. Todas nuestras cartas vitales están en manos de quienes necesitan inmunizarnos contra el coronavirus. Y eso es un problema. Es cierto que los datos se mantendrán en archivos bajo estricto control regulatorio. Es cierto que habrá un límite de tiempo, que es el fin de la pandemia. Pero, ¿cuándo va a terminar esto? Hay sistemas de control que son claramente legales, pero quienes detentan el poder siempre tienen la tentación a ir más allá. Saber que alguien está trabajando con estos sistemas y saber que son intocables, que es sumamente fácil compartirlos, no nos deja estar en paz. Reconozco su utilidad potencial: sin embargo, considerándolo todo, no confío en ellos. Es más: estoy contra el control, contra el monitoreo y contra la vigilancia.

*En meses recientes, el aumento de las desigualdades ha estado marcado por una dialéctica intensa sobre el tema de la construcción populista del pueblo basada en el principio de exclusión. Al inicio de la pandemia, el llamado a las poblaciones se centró en la exaltación de su comportamiento orgánico sustentado en la solidaridad nacional: soportamos estos sacrificios temporales y este reequilibrio temporal de derechos por el bien del pueblo. Sin embargo, últimamente están apareciendo cada vez más deficiencias en la población. Estas rupturas parece que se construyen con una lógica excluyente articulada en una doble vía, una vinculada a la economía y la otra a los derechos. En lo que respecta a la economía, el populismo exige ahora la reactivación, la iniciativa individual, la protección económica del pueblo como derecho inviolable. ¿Es que la naturaleza del populismo toma hoy partido abiertamente en defensa de las clases más privilegiadas?*

Ésta es la cuestión que nos afectará cada vez más a partir de ahora. Por ejemplo, la consigna: "Estamos todos en el mismo barco" —que hasta ahora ha servido para que todos se adapten a la restricción a la libertad de circulación— servirá para justificar cualquier forma de intervención económica que yo considere desigual y liberal. Ya hemos visto señales de esto especialmente en Italia, por ejemplo, con la nueva dirección de la Confederación General de la Industria Italiana (Confindustria) y con diversas intervenciones,

como un llamado que se hace a la República en el que se juntan todos los derechos en nombre de la libertad, como es el caso de Estados Unidos. Quienes, por el contrario, buscan la redistribución, los ingresos de ciudadanía, que dan dinero directamente a los trabajadores y a las clases más vulnerables, son etiquetados de inmediato como populistas. Está surgiendo un dualismo maniqueo: o se está a favor de la libertad, no solo de movimiento, sino de empresa y, por lo tanto, del lucro, o se es populista.

A todos los que militan bajo las banderas de la socialdemocracia, por los derechos sociales y el socialismo liberal se les vincula con el populismo. Restringir la libertad de movimiento para proteger la salud de todos —jóvenes y viejos, ricos y pobres— ha dado a los neoliberales argumentos para ampliar la libertad y usarla para asegurar la libertad de producción. Hay que retomar el trabajo y producir, como dijo el presidente de Confindustria, que proviene, por otra parte, de las zonas de Lombardía más afectadas por el Covid-19, donde las empresas casi no han cerrado y donde esto ha tenido consecuencias directas en el número de muertos. Cambiaron salud por trabajo y siguen haciéndolo. Pero la salud es parte integral del trabajo, la salud es trabajo. Este es un trueque absurdo e inaceptable, que viola tanto el derecho a la salud como el derecho al trabajo. No se puede ignorar diciendo que vamos a pensar en la salud después, que vamos a montar muchos hospitales para luchar contra el Covid-19: de lo contrario, serán siempre los que más necesitan trabajo quienes estarán más expuestos.

Por otro lado, está claro que el dinero que se pondrá en circulación para impulsar la economía será un bien muy apreciado por quienes están pensando en volver a producir. Aquí es precisamente donde vamos a tener disputas en estos días: ya está en juego el debate sobre cómo invertir esta liquidez en efectivo que se necesita desesperadamente. Cuando el presidente de Confindustria dice que no debemos dar dinero directamente a los trabajadores, sino que debemos darles trabajo, está diciendo algo muy peligroso. Esta política antisocial se usa también en un sentido populista: así es como Salvini dice que los intereses de los trabajadores se hacen abriendo industrias y negocios. El trabajo que se debe dar a los

trabajadores, sin embargo, obviamente no se dará a todos, ya hay problemas enormes de mercado. ¿Quién comprará lo que produce el trabajador? Es claro que se necesita establecer una renta básica, una renta por coronavirus.

No es cierto que “estamos todos en el mismo barco”, los intereses de cada cual no son los mismos, como se pretende con astucia fingir que así es. El riesgo es que aceptemos esta retórica basada en la idea del "bien del pueblo" para dar carta blanca a las industrias a fin de organizar la poscontención. Esta pregunta reabrirá el conflicto social entre quienes tienen cada vez menos y lamentablemente no cuentan con una voz política cuando más la necesitarían. Por supuesto, están los sindicatos, pero más que una voz política, son una voz negociadora.

*Además de la cuestión económica, está la cuestión de los derechos. Si se debe proteger la salud de la población con un enorme esfuerzo colectivo, hay que precisar de manera clara e inequívoca quién forma parte de este pueblo y quién no. Reaparecen así los temas típicos del discurso populista, basados en una estrechez nacionalista y un cuestionamiento de los derechos de las minorías: se acusa que las fronteras se han cerrado tarde, se persigue a los desembarcos, hay una campaña violenta contra la regularización de los trabajadores. ¿Cómo se forja la exclusión?*

Ésta es exactamente la dinámica populista que se adueña de los derechos. Los derechos son solo los de la mayoría, los derechos de los ciudadanos, de los que votan y están por encima de todos los demás, como en una pirámide. En la base está el trabajo del servidor, el trabajo de personas que no están protegidas por derechos y que están al servicio de ciudadanos libres. Como en el modelo de las viejas democracias, se reproduce un dualismo entre lo libre y lo no libre, se reinterpreta la idea de derecho político como un privilegio que puede ser utilizado libremente contra quienes no tienen privilegios.

En semanas recientes hemos visto el problema de las cosechas en los campos, hemos visto la importancia del trabajo agrícola en Italia y lo vacíos que están los campos del trabajo manual de los italianos encerrados en sus casas. Vemos que se necesita un trabajo no libre, el trabajo semiesclavo de quienes no necesitan estar protegidos

contra el coronavirus. Encuentro eso escandaloso: es como si los ciudadanos solamente pudieran proteger su salud y, por tanto, deberían beneficiarse del trabajo de quienes tienen que exponer la suya al riesgo de contagio para poder trabajar. Este es sin duda el signo de una concepción del derecho que deja de ser derecho.

*Esto se convierte en un privilegio: viene siendo una opción de valor entre unas vidas que valen menos que otras.*

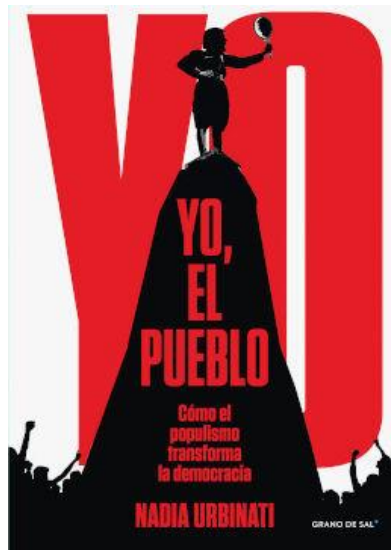
Exactamente, se convierte en un privilegio de quienes tienen el poder, en este caso el poder de quedarse en casa. Tienes que poder quedarte en casa: si una persona es inmigrante, no tiene derechos y tiene que hacer un trabajo estacional como cosechar productos agrícolas, no tiene la libertad y por lo tanto el poder de quedarse en casa. Sería un error pensar que quedarse en casa es solo una restricción de la libertad de movimiento. Sí lo es, pero es también un privilegio con respecto a otras libertades y a otras personas. Estamos frente a una desintegración de la idea de derechos inclusivos en función del poder de decisión que tengamos dentro de la sociedad en su conjunto. Es por tanto una división del derecho de los ciudadanos libres frente a los inmigrantes no libres, de los que tienen el poder económico para dar trabajo frente a los que solo tienen la fuerza de sus brazos. Es como si se hubiera producido una jerarquía de la libertad, del poder. El derecho se halla fragmentado y excluido, deja de ser inclusivo. Así ya no es derecho, es privilegio.

Aquí es donde la retórica populista puede echar raíces no al servicio de la gente, sino de quienes se preocupan por sus propios beneficios. Creo que en este caso estamos ante una verdadera lucha de clases, más que una lucha populista. Es una lucha de clases porque, si el líder industrial tiene el poder no solo de escribir en los periódicos, no solo de dictar la agenda política, sino incluso de movilizar a ciertos intelectuales en nombre de la libertad contra la igualdad –lo que implica una disociación entre ambas cosas–, entonces eso significa que el post-coronavirus será una época de conflicto real. Un conflicto de clases, un conflicto entre libertad e igualdad. Como afirma el "manifiesto de las libertades" publicado en *La Repubblica*, la



igualdad no es más que una limitación de la libertad. Yo soy socialista liberal, vengo de la tradición de Carlo Rosselli y Norberto Bobbio, y no puedo sino oponerme a la disociación entre las libertades y la igualdad. Entonces, lo mejor es tener menos libertad para todos, pero realmente para todos. Como decía Rosselli, a una libertad de los privilegiados –que es muy potente pero sólo para unos pocos– es preferible una libertad menos grande, mediana, mejor repartida y para el mayor número. Esta es, al fin de cuentas, la libertad de las democracias.

*Aun frente al virus, el populismo ha apelado a una identidad nacionalista que a menudo ha resultado en críticas a la globalización y desconfianza del multilateralismo. Pero al mismo tiempo, hemos descubierto que somos un poco más interdependientes, y la cooperación entre los Estados ahora parece esencial. ¿Cómo se articula esta cuestión ideológica en el discurso populista? ¿Estamos avanzando hacia una renovación de la dimensión transnacional o vamos a un retorno a los Estados-nación?*



Creo que por necesidad nos encontramos en una situación de interdependencia global. Lo hemos visto en perspectiva kantiana: un problema que surgió en un lado del planeta muestra su capacidad para tener un impacto desproporcionado en el otro. No hay lugar para esconderse de la influencia de otros. Y esto porque el mercado ahora es unitario, porque las necesidades mismas están integradas, al igual que los mecanismos de comunicación.

Con la pandemia, nos hemos dado cuenta de que hay al menos dos áreas que nos imponen la necesidad de ser supranacionales en la forma de pensar y de actuar, aunque no queramos. Se trata del medio ambiente y de la salud. De lo contrario, nos veríamos obligados a encerrarnos en nuestros propios estados como lo hicimos en nuestros propios hogares, nadie entra y nadie sale: eso es absurdo. La alternativa es pensar en un gobierno mundial, un gobierno de leyes o de derechos sobre estos dos grandes ámbitos que

establezcan límites y restricciones. El coronavirus de hecho ha cobrado víctimas extraordinarias en áreas metropolitanas particularmente contaminadas en Italia y Estados Unidos. La pandemia y la ecología están estrechamente relacionadas.

Sin embargo, el coronavirus ha sacado a la luz otro hecho: esta obvia dimensión global de interdependencia existe, pero la dimensión local es igualmente importante y no puede dejarse de lado. Por ejemplo, en Lombardía, donde la estructura de salud ha desprovisto a los territorios periféricos para concentrarse en los principales centros de excelencia entre Pavía y Milán, el sistema de salud ya era débil. La existencia de una conexión global no significa que tengamos que centralizar todas las formas de intervención. Por el contrario, debemos especializarnos en intervenciones de salud comenzando por el servicio médico local, la estructura hospitalaria de mínima intervención, para luego llegar a las grandes estructuras donde se necesitan más recursos.

No podemos evadir esto: debemos repensar la organización de la salud tanto a nivel local-central como a nivel estatal-global. ¿Lo vamos a hacer? No lo sé, como sabemos muy bien, tendemos a tener amnesia. Mientras estamos en la pandemia, sentimos que podemos cambiar el mundo; pero una vez que nos libremos de ella, volveremos a nuestra vida libre ordinaria y nos olvidaremos de estos problemas básicos.

Por lo que toca a la relación entre lo local y lo central, se necesita una visión de la sociedad al modo de Spinelli: desde el lugar donde vivimos hasta Europa. La visión según la cual un Estado, soberano o no, ya no puede ocupar su lugar es mucho más compleja y articulada. Por otra parte, es cierto que la pandemia ha endeudado y debilitado tanto a los países que se presenta esta disyuntiva: o tenemos una Unión Europea capaz de convertirse en protagonista real, casi soberana, o bien los Estados de una u otra forma tendrán que compensar la incapacidad de acuñar la moneda, lo cual se considera como una impotencia soberana. La solución puede venir del Banco Central Euro-

peo, donde la discusión se centra en las formas europeas de crédito y bonos. O bien hay otras soluciones, como el Brexit: el Reino Unido ahora está poniendo a circular mucho dinero que redundará en políticas importantes de inflación. Europa rechaza este enfoque, siempre ha tratado de evitar políticas similares, pero va a tener que intervenir: el reinicio debe ser un problema europeo.

*Para la Unión Europea, por un lado, se abre un espacio de posibilidades sin precedentes y, por otro, si las tensiones entre los Estados miembros impiden que se aproveche plenamente, las consecuencias podrían ser irreversibles. En una entrevista publicada en el Financial Times, Emmanuel Macron calificó la gestión de la crisis como un "momento de verdad" para la Unión Europea. ¿Estamos en una encrucijada o volveremos pronto a la normalidad una vez superada la crisis? En otras palabras: ¿nos orientamos a arriesgar una nueva ola de autoritarismo con fuertes fuerzas centrípetas o vamos hacia una democracia más consciente en orden a relanzar el proyecto europeo?*

No, Europa no es capaz de abrirse paso franco, nunca ha podido abrirse paso. Europa avanza dando un paso hacia adelante y otro hacia atrás. Tiene una estructura de toma de decisiones conformada por comités, basada en el intento de crear y mantener un proceso comunitario de toma de decisiones, para evitar el voto mayoritario que es visto como una forma inaceptable de coerción. Por tanto, cada decisión es complicada. Creo que es así principalmente porque Alemania tiene un Tribunal Constitucional y una Constitución que limitan severamente la aceptación de decisiones tomadas por órganos superiores al Estado, en este caso por ejemplo el BCE. Al principio, parecía haber una condición de sufrimiento general, como lo padecieron todos los estados, Francia, España, también la propia Alemania. Sin embargo, una vez más, no todos hemos

padecido de la misma manera y por lo tanto no todos sentiremos que debemos ir al encuentro de los demás: la solidaridad puede no sentirse como una necesidad, como un interés directo. Se necesitaría una lógica del "interés bien intencionado", a la manera de Tocqueville, lo cual sin embargo solo funciona cuando estos intereses son comunes.

Pero como hay desequilibrios –en términos de sufrimiento, de ganancia o de bienestar– dudo seriamente que se pueda alcanzar algunos niveles de solidaridad. No podemos decir cómo será el futuro, pero la cuestión europea es más que nunca la cuestión alemana, no la cuestión italiana y ni siquiera la cuestión francesa. Alemania es el país del cual todo depende. Mi verdadero temor es que, si no hay una intervención europea sólida, en países como Italia, al borde ya de derivas autoritarias y neofascistas, la democracia misma estará en gran peligro. Estos dos meses han demostrado que es posible tener gobiernos autoritarios: ya se ha realizado un primer experimento. Es cierto que se trata solo de una experiencia vinculada a una fase de emergencia concreta, pero se puede ampliar, como lo han hecho Polonia y Hungría. Si no queremos que se conviertan en modelos del futuro, debemos hacer un esfuerzo por integrar los mercados, las finanzas y los sistemas fiscales europeos. No sé si eso sucederá, pero si no sucede, la confrontación política será extremadamente fuerte, especialmente en ciertos países.

Este es nuestro tiempo. A quienes creemos en la democracia nos llama a asumir el desafío con normas constitucionales, con la expresión de una pluralidad de voces mediante los partidos, y jamás a una expresión de democracia orgánica, de carácter único.



## DEL EPÍLOGO DEL LIBRO YO EL PUEBLO

*Publicado en la revista en línea Configuraciones (48-49, Enero-Agosto 2019), dirigida por Rolando Cordera. Subtítulos de FQ.*

### Fenomenología y tendencias del populismo

«1. El populismo se caracteriza a sí mismo como refractario a las divisiones partidistas tradi-

cionales (multipartidismo) y recalca un solo dualismo básico – el de la gente común y el *establish-*

*ment.* Traduce este dualismo en una condición schmittiana, o hacia un antagonismo irreductible que trasciende ideologías de derecha e izquierda y depende solamente de la posición de las distintas partes respecto al ejercicio del poder estatal. El dualismo entre la gente común y el *establishment* forja la retórica de todos los populismos, sin importar los contextos específicos en los que esta retórica se aplica. Esto vuelve al populismo un caso de generación de unidad (de la parte para la que afirma gobernar) y sustitución de élites. Es impaciente con las reglas y procedimientos utilizados por la democracia representativa porque es impaciente con el pluralismo.

«2. El populismo aspira a alcanzar el poder por medio de la competencia electoral. Pero en vez de utilizar las elecciones para evaluar las varias demandas representativas, las utiliza como plebiscitos que sirven para demostrar al público la fuerza del ganador. Las elecciones revelan lo que ya existe: la gente “buena” a la espera de gobernar. Si tiene éxito, el populismo trata de constitucionalizar “su mayoría”. Lo hace desasociando al “pueblo” de cualquier pretensión de imparcialidad y fabricando la identificación de una parte (el pueblo “bueno”) con el gobernante legítimo (*pars pro parte*). Si tuviera éxito, el constitucionalismo populista cerraría la brecha que separa la ley constitucional de la ley ordinaria – una brecha que es crucial para la democracia constitucional. En pocas palabras, constitucionalizaría la voluntad de una mayoría específica.

«3. El populismo logra esta transformación después de rechazar la idea que la representación es una traducción electoral de demandas y visiones partidistas, en favor de la idea que la representación es una encarnación de todas las demandas en un líder, quien se convierte en la voz del pueblo “correcto”. La representación directa que vincula al pueblo y al líder selecciona a la audiencia como la única fuente de legitimidad. Esto devalúa a los intermediarios políticos (partidos organizados y controles institucionales) y permite al líder reforzar una reivindicación antisistema (*anti-establishmentarian*) mediante su poder de mando. La propaganda es un componente esencial del populismo en el poder; y este populismo consiste, más o menos, en movilización y campaña electoral permanentes.

«4. El populismo reinterpreta la democracia como mayoritarismo radical. Esto implica resolver la indeterminación y apertura en las que consiste el pueblo democrático y solidificar el poder gobernante de una porción de la población que habla por boca del líder. El faccionalismo es el carácter de la política que practica el populismo: es una admisión de la política como una guerra más que un juego, una cuestión de ganadores y perdedores, sin ficción de universalismo. El populismo representa la celebración del desencanto político: el fin de todas las utopías e idealizaciones. Representa la acogida de una visión hiperrealista de la política como la construcción y ejercicio del poder por el fuerte.

### El populismo patología de la democracia representativa

«En suma, en vez de hablar sobre crisis o pintar escenarios apocalípticos [acerca de la democracia], he propuesto en este libro que deberíamos prestar atención a la forma en la que la democracia está sujeta a cambio, y entonces explorar cómo el populismo transforma los procedimientos, instituciones y prácticas democráticas. En particular, he sostenido que el populismo, si bien es un signo justificado de sufrimiento por parte de ciudadanos desempoderados, difícilmente puede ser una solución porque sus voceros y líderes quieren usar la mayoría no sólo o no simplemente como un método para resolver el desacuerdo. Más bien, busca

instalarse a sí misma como la mayoría “buena”, que las elecciones legitiman y que resulta intolerante hacia otras partes de la población. Las formas en las que una mayoría populista es capaz de desfigurar el discurso público, el estilo de la política y la relación entre el líder y las instituciones son todas cuestiones preocupantes. De las dos autoridades que componen a la diarquía democrática, el campo de la opinión es el más disruptivo, por el impacto que tiene en las interacciones públicas entre ciudadanos. El populismo es una mala escuela de participación política porque su postura polémica crea un clima adverso a la deliberación y

marcado por el hostigamiento lingüístico. Daña el antagonismo político porque daña la “amistad” entre ciudadanos y crea nichos de individuos de igual parecer, un hecho que pone en juego la condición básica de respeto entre “lados” y “partes” opuestas de la sociedad y pone en riesgo el proceso de reconsideración de ideas (incluso dentro de un partido o grupo político). Inyectar enemistad en la vida cotidiana del público es lo que exalta el faccionalismo. Y el faccionalismo es, como he mostrado, la naturaleza del populismo, aunque éste dice hablar por y en nombre del pueblo. La

realidad es que habla por y en nombre del pueblo “bueno” después de haber decidido expulsar a las partes que considera no deberían pertenecer y no pertenecen al pueblo. Usando el gobierno para su parte (mayoritaria), el populismo promueve una ruptura en la amistad entre los ciudadanos – esto es lo que los politólogos llaman radicalización, y consiste en un dualismo atroz de “nosotros los buenos” y “ustedes los malos”. En este libro, he vinculado el populismo con un retroceso de la democracia de partidos, porque es un intento por afirmar la legitimidad de una sola parte».

### Justificaciones del populismo

«Los argumentos populistas contemporáneos muestran que el populismo no crea los problemas que magnifica e intenta resolver. Estos problemas revelan el fracaso de las instituciones representativas para cumplir lo que prometieron. Prometieron, por supuesto, que la representación haría la democracia más eficiente, que le daría voz a las demandas de los ciudadanos y que pondría a los elegidos bajo el poder de monitoreo permanente de los electores, gracias a partidos organizados y una esfera pluralista de formación de opinión. Los populistas buscan recuperar el poder de la mayoría. Proponen hacerlo reduciendo los supuestos constitucionales sobre el Estado de derecho y las protecciones a los derechos civiles (específicamente, aquellos que sostienen que la garantía del Estado de derecho y los derechos civiles depende de la construcción de organismos no electos, que utilizan el juicio imparcial para detener a la voluntad política o las decisiones de la mayoría). Argumentan que las estrategias constitucionales de contención del poder, que fueron cruciales en devolver autoridad a la democracia tras el colapso de las

dictaduras de masas y su sistema de arbitrariedad política, han cristalizado su poder durante las últimas décadas. Ahora han enraizado a un *establishment* que reclama prerrogativas de gobierno como una casta de mandarines. Este conjunto de viejas y nuevas clases privilegiadas, aseguran los populistas, es el iceberg que

finalmente hundió al criterio de imparcialidad (sobre el que la autoridad no política fundaba su legitimidad para contener decisiones políticas). Dentro de una democracia “senil” –cuyas instituciones representativas han perdido su capacidad de garantizar rendición de cuentas, partici-

pación y apertura– el populismo reclama el papel de una fuerza de rescate. De acuerdo con sus simpatizantes democráticos, es un grito de descontento de los muchos contra la transformación oligárquica de la democracia representativa. Es también una acusación de que la democracia constitucional es incapaz de enmendarse a sí misma lo suficiente como para ser efectiva en cumplir su promesa de contener el poder. Los populistas afirman que una mayoría más audaz –esto es, “el poder del pueblo”– puede ser la solución y que debería reequilibrar



los poderes estatales para dar supremacía al momento de las decisiones; en síntesis, que debería reescribir las constituciones. Esto, di-

cen, es la solución a los problemas causados por nuestro modelo senescente, postsegunda Guerra Mundial, de democracia».

### Desafíos de la democracia constitucional: oligarquía y populismo

«Los desafíos a la democracia constitucional vienen de dos lados opuestos: los pocos oligárquicos, que controlan ya el proceso de toma de decisiones; y los muchos populares, que afirman que la única manera en que pueden remediar la desigualdad de su poder es asegurando la prioridad de la mayoría sobre todas las demás partes de la sociedad. La mutación oligarca y la mutación popular representan retos idénticos. En ambos casos, es el principio regulador de apertura e imparcialidad (*erga omnes*) el que se devalúa. En una condición de “imparcialidad falsa” y de dominación fáctica de los socialmente poderosos, la legitimidad de la democracia constitu-

cional se deteriora fatalmente. Si unos pocos toman persistentemente decisiones *ad personam*, ¿por qué debería ser un escándalo cuando los muchos las reclaman para ellos mismos? La batalla entre los muchos y los pocos corre el riesgo de terminar en el punto sobre el que Aristóteles advirtió a sus contemporáneos: con el surgimiento de un gobierno de facción que funciona como una expresión arbitraria de la voluntad de poder de la fuerza gobernante (sean los pocos o los muchos). Paradójicamente, la ambición populista de trascender las divisiones entre Derecha e Izquierda es un indicador importante de este proceso hacia el faccionalismo».

### Fracaso del populismo y tareas pendientes de la democracia

Mi argumento central es que el populismo no puede solucionar los problemas contra los cuales los populistas están reaccionando. Es cierto que los factores que explican éxitos e impactos populistas específicos son profundamente contextuales. También es cierto que el populismo toma varias formas. Pero podemos estar de acuerdo en que el populismo está relacionado con una percepción popular de que el gobierno constitucional es disfuncional, así como con una percepción popular de que las instituciones representativas son inadecuadas. El populismo indica la existencia de corrupción política sistémica, la cual ha sido facilitada por la desigualdad económica. Responder a las críticas populistas requeriría que los demócratas intervinieran en debates populistas constitucionales y políticos, en vez de satanizarlos. Requeriría que revisaran algunas reglas básicas del juego de una forma que regrese a los ciudadanos poder directo de toma de decisiones y también les otorgue un control más estricto sobre sus representantes. Requeriría que reconfiguraran a los partidos políticos, tanto en su organización interna como en el papel que desempeñan en las instituciones (algunas veces, como en algunas democracias

parlamentarias, puede ser razonable volverlos constitucionales), o poner controles más severos sobre sus recursos financieros; y reescribir los estatutos y estructuras de los partidos para volverlos más activos en la interpretación y representación de demandas de partido (y emanciparlos de los potentados oligárquicos que los gobiernan y que encuentran ventajoso acentuar las divisiones partidistas o, alternativamente, abrazar la política *mainstream* dependiendo de qué es conveniente para sus planes y sus acaudalados donantes). Los movimientos antipartido son peligrosos, pero no injustificados o inútiles porque tal vez no existe una forma estática de existencia de los partidos. Estos movimientos ponen de manifiesto mutaciones de la democracia representativa que necesitan ser analizadas y respondidas. La imaginación institucional es un recurso que pertenece a la democracia. Si la democracia no puede ser separada del hábito de la autoexaminación y la experimentación y si no puede ser separada del disenso y la contestación, entonces las innovaciones institucionales y procedimentales son sus tareas urgentes hoy día. La democracia de partidos, tan exitosa e importante durante unas cuantas décadas cruciales, ha pro-

bado ser ella misma inadecuada para gobernar una sociedad que ya no depende de organizaciones estructurales de trabajadores y ciudadanos y en la cual, además, la democracia neta ha adquirido credibilidad como una expresión más directa de la voluntad popular. Perpetúa la corrupción política rampante, a la cual los contrapesos institucionales por sí solos no son capaces de contener y corregir. Las democracias de par-

tidos han alcanzado el umbral que la separa de la política de facción – incluido el populismo, que es una afirmación explícita de la política al servicio de una parte. El populismo es, en todos los sentidos, un producto de las fallas de la democracia de partidos. Aquí es donde mi libro comienza y donde termina: con una disección e investigación de los riesgos que surgen cuando la democracia se estira hacia el populismo».



## LA DESFIGURACIÓN DEMOCRÁTICA

Reseña del libro Yo el Pueblo

por Ciro Murayama

Publicada en [Letras Libres](#) 266 (Febrero 2021)

En *Yo, el pueblo. Cómo el populismo transforma la democracia*, Nadia Urbinati estudia el populismo “como proyecto de gobierno” que transmuta los principios y reglas de la democracia al grado de desfigurarla. La autora identifica que populismo no es sinónimo de fascismo pero que comparte “bordes borrosos” con este y la democracia, situándose a medio camino entre ambos. El populismo aparece como un parásito que se engendra y crece en la democracia, pero que también se extingue con ella abriendo paso a “otro régimen, quizás autoritario, dictatorial o fascista”.

El fenómeno del que se ocupa Urbinati, si bien puede rastrearse desde el siglo XIX, es el que se ha extendido en los últimos años tanto en democracias occidentales consolidadas como en las emergentes. De modo que propone “leer el populismo como una estrategia para llegar al poder que emplea procedimientos democráticos con fines no democráticos”, cuya esencia es la negación de la legitimidad del pluralismo político y de los mecanismos de intermediación entre gobierno y sociedad.

Los populistas pueden ser de izquierda o derecha, no necesitan un programa de políticas claro, basta con que “usen un lenguaje de condena, que acusen a los enemigos del pueblo de corruptos e inmorales, y que declaren que el líder populista está decidido a llevar al pueblo al poder”. Urbinati se interesa por analizar y discu-

tir no tanto lo que el populismo es, sino lo que hace una vez que gobierna, cuando trastoca el significado de mayoría para volverse una suerte de “mayoritarismo” donde “las opiniones y las decisiones que se oponen al pueblo populista son castigadas, ridiculizadas y rechazadas como una conspiración de las élites”. El populismo deviene en exclusión de las minorías políticas y en negación de la discrepancia.

En el populismo, en vez de la representación de la pluralidad por el parlamento, se pretende la *encarnación* del pueblo en el líder. La diversidad de actores se sustituye solo por “dos jugadores: el pueblo y el líder”. La consecuencia es que “un líder populista en el poder debe crear una nueva forma de democracia para sobrevivir, y esto a su vez crea el riesgo de que el líder destruya las instituciones y los procedimientos democráticos, de manera tal que resulte fatal para todo el sistema político y administrativo”. Ello hace imposible la estabilidad en y de un gobierno populista: “el populismo en el poder está condenado a ser desequilibrado (como si estuviera en una campaña permanente) o a convertirse en un nuevo régimen. No puede darse el lujo de ser un gobierno democrático entre otros porque la mayoría a la que representa no es una mayoría entre otras: es la ‘buena’, que existe antes de las elecciones y al margen de ellas”. Esta inestabilidad intrínseca al populismo hace que esté “sujeto a dos riesgos de

aniquilación: regresar al gobierno representativo usual o volverse una dictadura”.

Si bien el populismo no prescinde de las elecciones tampoco les concede su cualidad como procedimiento fundamental que permite la expresión y recreación del pluralismo intrínseco a las sociedades complejas. Para el populista las elecciones no producen reconfiguraciones políticas sino que constatan la existencia de una mayoría auténtica, afirmando así la legitimidad no solo numérica sino moral del líder y los suyos sobre el resto. “Se podría decir que el populismo utiliza las elecciones como plebiscitos. Y al hacerlo las desfigura.” No sorprende entonces el inexistente compromiso democrático de los populistas con los resultados electorales cuando no les favorecen.

El populismo tiene fobias persistentes hacia el sistema de partidos, los medios de comunicación, los intelectuales, que invariablemente identifica con la élite, con el sistema y como obstáculos a su causa. Un común denominador es su airada denuncia de la corrupción pero también lo son la extendida práctica del nepotismo y el reparto de favores con cargo a los recursos del Estado para preservar su mayoría. Un rasgo adicional que caracteriza al populista es su reticencia frente a la transparencia y la rendición de cuentas, pues supone que su permanente exposición popular y la fe de su pueblo como marca de legitimidad lo eximen de sujetarse a los controles formales y a las instituciones intermedias, que ve como meros estorbos.

Aunque su discurso es contra las élites políticas partidistas, el populismo busca “satisfacer el deseo de poder de una nueva élite y, al hacerlo, transforma las instituciones y los procedimientos democráticos en instrumentos como si fueran propiedades en manos de la mayoría o del ganador”. A fin de cuentas, la retórica populista “es un llamado para cambiar la élite en el po-

der”. Es tal la transfiguración de la democracia cuando el populismo ejerce el poder que no solo afecta al gobierno sino al Estado, pues quiere “fusionar la opinión de una parte del pueblo y la voluntad del Estado”, de tal suerte que “busca eliminar toda distinción entre la política constitucional y la ordinaria, clave para mantener el orden democrático”.

Para la autora, el gobierno populista no se hace cargo, siquiera, de las cuentas que entrega: “Como el líder solo es la boca del pueblo y no tiene voluntad propia, las cosas que hace deben ser las cosas que el pueblo le pidió. Si no logra los resultados, la responsabilidad debe recaer en manos de los enemigos del pueblo, quienes nunca desaparecen (y nunca duermen). De este modo, el líder irresponsable recurre a menudo a teorías de conspiración como una suerte de ‘ideología de la excusa’.”

Hacia el final de su libro, Urbinati llama a especialistas y ciudadanos a reflexionar sobre qué ocurrió, qué provocó una insatisfacción tan hostil hacia los partidos y el pluralismo. Es tiempo de revisar los déficit sociales y económicos de la democracia representativa, pues “salir del populismo es muy distinto a volver a donde estábamos antes. Ese ‘antes’ se devaluó en el mismo momento en que permitieron los éxitos populistas”.

La profesora de la Universidad de Columbia dialoga y debate a lo largo de *Yo, el pueblo* con autores clave de la ciencia política para explicar y explicarse qué implican los gobiernos populistas contemporáneos. Para enfrentar el populismo es preciso entenderlo más allá de sus manifestaciones inmediatas. El suyo es un texto surgido desde la academia, pero pensado para trascender las aulas universitarias porque se hace cargo con claridad y rigor analítico de un fenómeno que comienza a extenderse como un problema global y estructural de las democracias contemporáneas.

